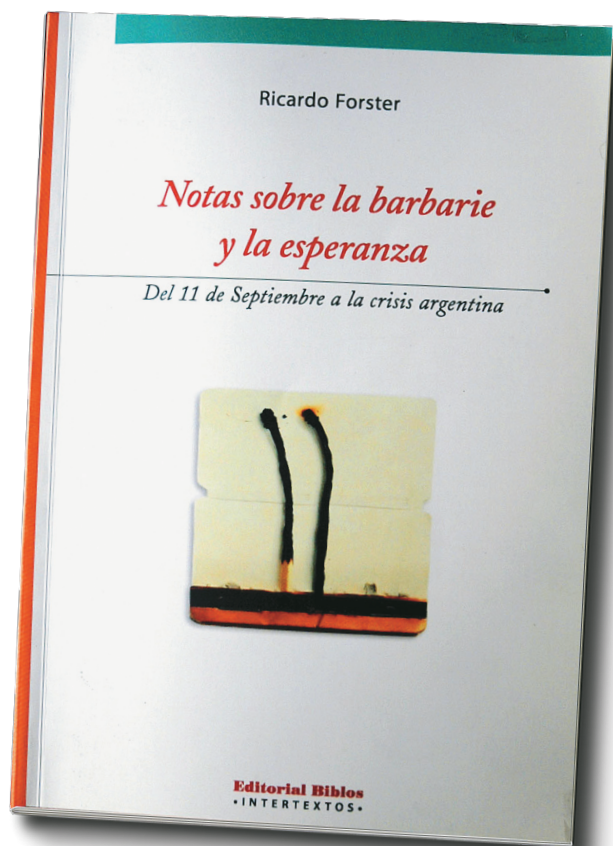


LA MADRE DE LAS ZONCERAS

Por Susana Cella



Lejos de haber perdido vigencia, la dicotomía sarmientina civilización o barbarie puede actualizarse a la luz del presente político y social de la Argentina y del mundo.



La conflictiva relación entre los dos términos que en 1845 Domingo Faustino Sarmiento formuló en su *Facundo*, “civilización y barbarie”, ha tenido una persistencia que, con modulaciones diversas, llega hasta hoy, como lo prueban dos recientes libros: *Notas sobre la barbarie y la esperanza*, del filósofo Ricardo Forster, y *El dilema argentino. Civilización o barbarie*, de la socióloga Maristella Svampa.

En una versión reelaborada de su tesis doctoral, Svampa realiza un prolijo recorrido que se inicia con la forja de ambos conceptos para luego centrarse en la fórmula sarmientina y desentrañar de qué modo sigue presente en períodos claramente demarcados en la historia argentina desde la organización nacional de 1880 hasta el peronismo. Con abundante sustento bibliográfico y una casi didáctica reposición de los hechos, Svampa encuentra en la ecuación sarmientina que civilización y barbarie se implican y a la vez se oponen. Como señalara David Viñas, la “y”, que habla de una coexistencia, se transforma en una “o”, que habla de una exclusión. Justamente esta última palabra, usada por Svampa, muestra la actualidad del problema: ¿qué hay que excluir para lograr un país moderno, sin los resabios coloniales que

atentan contra la idea de progreso y la conformación de una sociedad ordenada? Si en el siglo XIX los gauchos e indios eran ese otro perturbador, en los inicios del XX, los distintos serían los inmigrantes cuya sola presencia trastocaba el aspecto habitual de la ciudad, además de traer consigo ciertas prácticas que amenazaban los avatares de una república primero netamente oligárquica, y con afanes de integración luego, a partir del gobierno de Hipólito Yrigoyen. Se observa entonces una variación en los términos: “La civilización, que ante todo había sido el núcleo de una filosofía del progreso sobre la base de ciertos valores de la Ilustración, era reconvertida por las plumas nacionalistas –del nacionalismo oligárquico de Leopoldo Lugones, Marcelo Sánchez Sorondo, entre otros– en orden, jerarquía, respeto, autoridad”. Svampa recurre al concepto de “cuestiones de estilo” (acuñado en detrimento del intento del radicalismo) para examinar las posturas adoptadas no sólo por nacionalistas y liberales tradicionales sino también por socialistas que reivindicaban en su afán civilizatorio la erradicación de una ignorancia por la cual seguía prevaleciendo la práctica caudillista cuyo representante era entonces el mismo Yrigoyen, que evocaba el fantasma de Juan Manuel de Rosas. La comparación sería luego mucho más firme cuando entró en escena y produjo un decisivo cambio la figura de Juan Domingo Perón.

Lo informe o caótico atribuido a la barbarie se trastocaría ante la “transformación de las masas en pueblo”, atribuida al peronismo, cuando el concepto opuesto a civilización parece positiv-

zarse en “lo bárbaro como pueblo”, que de algún modo confirmaría, aunque en sentido negativo, Ezequiel Martínez Estrada al sostener que “*aquellos siniestros demonios de la llanura que Sarmiento describió en Facundo no habían perecido*” sino que retornaban el 17 de octubre de 1945, imagen netamente contrapuesta a la que ofrece, por ejemplo, Raúl Scalabrini Ortiz, y que sería elaborada por la izquierda nacional, con cuyo análisis, que llega a mediados de los años 70, culmina Svampa su trabajo pormenorizado sin dejar de mencionar que en el fin del siglo y sobre todo en los hechos de 2001 reaparece la imagen de otro temible y peligroso presente en el mismo centro del símbolo de la civilización: la ciudad.

LAS BARBARIDADES DE LA CIVILIZACION

Si para Svampa “*hablar de civilización o barbarie significa preguntarse acerca del modo en que una sociedad representa sus diferentes divisiones*”, para Ricardo Forster también se trata de ver lo que está implicado en una oposición. En su caso la idea de barbarie remite a la cita de Walter Benjamin inaugurando el primero de los ensayos que componen su texto: todo documento de cultura es a la vez un documento de barbarie. Hay un punto de inflexión que Forster define como “*giro*”: el episodio de las Torres Gemelas y la conmoción y la deriva causadas por algo que desafiaba lo previsible. En torno de este hecho, Forster explora la concepción misma de Occidente y ve allí la coexistencia de civilización y barbarie. La necesidad de rescatar de Occidente su capacidad de crítica no significa dejar de reconocer su otra cara, es decir, los actos de barbarie inherentes a su propia conformación, en lugar “*de insistir con la dicotomía de civilización/barbarie*”. Es así que la revisión de Forster señala la barbarie propia del colonialismo y los genocidios surgidos justamente del corazón de la civilización: los imperios europeos y el norteamericano. Como si lo impulsara la convicción de que nunca está de más volver a los hechos del pasado contra un olvido que ve propiciado y funcional al orden globalizador, repone nombres que en sí mismos evocan una brutalidad cada vez más visible y justificada: Hiroshima, Vietnam, Kosovo, Irak.

Otro punto de referencia importante en el recorrido de Forster es la lectura de *Homo Sacer* de Giorgio Agamben, y no es casual que este ensayo se titule *La política como barbarie* porque se trata aquí de ver no sólo la precariedad del mundo mercantilizado sino sobre todo la legalización del crimen por parte del poder que dispone de la vida y la muerte según su lógica de funcionamiento cuya base, podría decirse, considerando el ensayo *La guerra*, es la prevalencia del exterminio y la negación de la posibilidad del pacto entre los contendientes. Para Forster esta lógica aparece en los fundamentalismos, que pueden apoyarse tanto en cierta interpretación de la moral protestante como en versiones del islamismo. Si sus reflexiones van escalonándose a partir de 2001 y deteniéndose en los años siguientes en cuanto al orden mundial, la parte final del libro hace centro en la Argentina, donde el mismo año tiene también su especial significado en el hecho concreto y no previsible del estallido del 19 y 20 de diciembre. Como en todo el resto del libro, Forster no se basa en un esquema dicotómico. Al contrario, enfatiza la complejidad de las situaciones, las tramas diversas y simultáneas que coexisten y se intersectan.

En medio del desencanto, las ilusiones perdidas, las políticas de negación del pasado de los 80 y 90 y la pobreza material y teórica, Forster trata de desligarse de la aceptación resignada o de un infundado optimismo, para situarse en el lugar incierto pero lúcido desde el cual insistir, con la memoria recuperada, en algún tipo de esperanza, que puede, entre otras cosas, aprovechar de la práctica de “*continuar recorriendo las geografías de un pensar soñador y crítico, pesimista y utópico*”, como señala al final de visitar el espesor histórico e ideológico contenido en los libros de *La biblioteca*, ensayo que cierra el libro.

Con sus particularidades, tanto el trabajo de Svampa como el de Forster destacan con su sola mención y más, con sus sentidos acumulados y diversos, la tensión entre civilización y barbarie, y con esto, la imposibilidad de hacer tabla rasa del pasado y la necesidad de encontrar algún intersticio en una época definitivamente diferente de las anteriores desde el que resistir a la destrucción. ❖

De profesión editor



Ariel Sebastián Díaz
CRACK-UP

Esta aventura literaria se originó compartiendo lecturas con unos amigos libreros en una tórrida noche de diciembre de 2004. Recuerdo algunos textos, un cadáver exquisito y, sobre todo, el efecto metafísico del alcohol. Al año siguiente, las nocturnidades –y los vasos de whisky– se multiplicaron, de modo que aquellos textos fueron tomando “forma” de libro. Un libro fundacional publicado en julio de este año llamado *Cer dos*, colectivo de escrituras (no de autores), producto genuino de una piara. Así lo describe Carlos Gamerro en su prólogo: “*No es bueno que el cerdo esté solo. Cerdos es ser dos, y ser dos es ser muchos; lo propio del cerdo es andar en manada. O para ser más precisos, en piara. El cerdo no es individualizable. Nadie se pregunta, cuando los cerdos atacan, si el mordisco en la nariz me lo pegó ese rosadito con manchas negras, si el que me pisoteó era el Berkshire o el Poland China. Por eso éste no es un libro de autores. Todos los poemas son iguales, y ningunos son más iguales que otros. El libro como chiquero, el poemario como piara*”.

Quizá, por ser conscientes de que la única experiencia posible es la experiencia de sí, decidimos abarcar todo el proceso editorial, decidimos escritura y experiencia. El trabajo fue arduo y apasionante: en mi rol de editor seleccioné, compilé, corregí y edité los textos, respetando la variedad de estilos y cuidando la estética general.

Mientras “cocinábamos” *Cer dos* (en el lodo del realismo sucio), se concretó la audaz idea de construir un espacio propio. El entonces protolibro devino editorial-librería-bar-disquería, en una casa reciclada en el ahora hedonista barrio de Palermo Viejo (Costa Rica 4767). Inaugurado públicamente en marzo del corriente año, Crack-Up (en homenaje al relato autoconfesional de Francis Scott Fitzgerald) es un amplio y novedoso proyecto cultural dirigido por experimentados libreros y por el autor de esta columna como responsable del sello editorial.

A casi dos años de aquella noche mítica –y ética–, nuestra aventura, hoy, es consolidar dicho proyecto: continuar publicando y vendiendo libros, sin soslayar que –en términos de Fitzgerald– “*evidentemente, toda vida es un proceso de demolición*”.